

Octava Conferencia. 4 de octubre de 1916.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

La última vez hablé del frotamiento y de la electricidad en sus relaciones con la vida humana y llamé la atención sobre el hecho de que el fuego constituye el origen mismo de la vida humana. En la relación amorosa se produce calor. Existe toda una multitud de asociaciones de ideas entre el amor y el fuego que se expresan en el lenguaje y se evidencian en la vida cotidiana. Podemos ver esto con mayor claridad partiendo de las palabras: el fuego quema y el amor quema; el fuego inflama y el amor inflama. Encontramos expresiones como el “rayo del amor”, el “destello de los ojos” por el amor, el “calor” y el “ardor” como atributos comunes al amor y al fuego; esto se expresa en variados tipos de usos y costumbres (antorchas nupciales). Ahora me gustaría señalar una particularidad: por doquier se utiliza como símbolo del amor un corazón inflamado, atravesado por una flecha, dejando caer unas gotas de sangre. Es un símbolo muy especial. Se podría creer que, al herir un corazón, debería brotar todo un chorro de sangre; pero sólo caen unas pocas gotas. La flecha es un conocido símbolo del miembro viril; el atravesamiento puede hacerse extensivo a las más diversas situaciones y desempeña un insoslayable papel en la vida sexual del ser humano. Si consideramos ahora el fenómeno del fuego, podemos llegar hasta la montaña que vomita llamas. En este caso, el uso que de ello encontramos en *Robinson Crusoe* es realmente curioso y consiste en introducir un trozo de madera dura en otro de madera blanda y hacerlo girar, lo que de nuevo constituye una imitación del acto sexual; el calor aumenta hasta que brotan claramente las llamas. Tenemos también la leyenda de Prometeo, que roba la llama del sol. Pero lo más interesante es que la gente pone siempre estas dos cosas, fuego y amor, en muy estrecha relación. Hay personas que se llenan de síntomas a la vista de una cajita de fósforos. Estos objetos de uso diario son importantes y resulta difícil hacerle comprender al ser humano todo su alcance. La cajita, el estuche, son siempre la mujer (*caja vieja*); lo alargado es el hombre, y la cavidad es la mujer. Hacer comprender a las personas, cada vez que se quejan de síntomas de enfermedad, que esto les ocurre a la vista de tales objetos, es difícil: no les cabe en la cabeza. Cien veces, mil, nos encontramos ante un hornillo o una caja de fósforos sin sentirnos perturbados. Sólo cuando el individuo se encuentra en un momento de especial sensibilidad frente a los símbolos sexuales le perturban éstos. Hay personas que sienten continuamente las relaciones de asociación entre la vida cotidiana y la vida sexual, cualesquiera que sean los objetos que vehiculizan dicha relación.

La cuestión del hogar y del hornillo es importante desde el punto de vista cultural. El hogar ha desempeñado un gran papel en la vida del ser humano; en el fondo, no sólo porque en él se cocinen los alimentos, o porque la gente se reúna en torno de él después de comer, sino porque es un símbolo de la relación entre hombre, mujer e hijo. Las religiones antiguas daban mucha importancia al hecho de que el hogar estuviese siempre encendido, porque se tenía la creencia de que lo más sagrado que hay en la vida humana –la coexistencia de esa trinidad parental-filial– no debe cesar, sino conservarse, y transmitirse de una casa a otra, pues ello mantiene unida a la humanidad. Lamentablemente los hombres modernos nos hemos alejado de estas representaciones; y solamente sigue siendo privilegio de los enfermos y de los temperamentos artísticos sentir esos curiosos símbolos y sus asociaciones. Lo que para nuestros antepasados era más hermoso y sagrado, se ha convertido ahora en un objeto de angustia. Son muchas las personas que no pueden soportar la cocina, su olor; en su alma hay algún punto delicado que se refiere al embarazo o a la relación sexual.

El símbolo más evidente de la relación sexual es una máquina a la que ya me he referido: la locomotora,

el ferrocarril (puf-puf). Cuando llega un tren, muchas personas deben apartarse. En la locomotora se da el símbolo más evidente que se pueda imaginar. El ruido de la llegada es el ruido del jadeo, tal como tiene lugar en el acto amoroso. Además de esto está la acción del tender, con su movimiento de vaivén de arriba abajo. Se aprecia directamente la referencia a un acto sexual. En las viejas locomotoras era posible ver un gran agujero con llamas y un hombre, de pie, arrojando en él carbón con una pala y removiendo luego con una barra. También hay un grifo que deja correr agua: una imitación de la micción, y un silbato, emblema de la virilidad; las mujeres no deben silbar. Hay en la locomotora toda una serie de cosas que se muestran como símbolo sexual. Si alguien sensible pasa cerca de ella, en su mente se encadenan una serie de ideas. Luego se llega a la berlina, a una *chambre separée*, y uno se sienta entre personas extrañas. En el compartimiento para mujeres, sólo se sientan mujeres; esto trae el pensamiento de la homosexualidad. Y mucho peor aun si hay un niño. En el compartimiento para no fumadores, la mujer se sienta entre hombres desconocidos. También perturba el hecho de viajar de espaldas: es la forma de tomar contacto sexual por detrás. Quien va sentado con su espalda contra la locomotora tiene un hombre detrás de él. La Iglesia Católica prohíbe este tipo de contacto y el individuo moderno lo acepta sólo con mucha dificultad. Sin duda debió de condenarse alguna vez, y desde entonces este tipo de vida amorosa está maldito, arrastrado como un cargo de conciencia. En Pompeya, y en las decoraciones murales de algunos baños, uno se queda sorprendido al comprobar de qué forma tan diferente se pensaba en la Antigüedad. Lo reproducido en los muros supera cuanto podamos imaginar. Allí han sido reproducidas todas las perversiones imaginables. Se dice que fue esto lo que causó el desastre de la Antigüedad, pero indudablemente no es así. Es obvio que, entonces, no se era más libertino que en nuestros días; simplemente las cosas sucedían abiertamente: nadie se molestaba; se era más ingenuo y no había tanto miedo. Nuestra época está abrumada por el miedo, lo cual no quiere decir que el ser humano no deba o no pueda dominarse. Dominarse por temor no es dominarse del todo; es humillarse más bien. Estamos por debajo de las cosas, no encima, ni adentro de ellas. Vale la pena ocuparse de lo que se pensaba en la Antigüedad y remontarse al menos una vez a la época rococó.

En lo que concierne al fuego, he de llamar la atención sobre un aspecto interesante: nuestra creencia en el infierno. El infierno es la mujer, y el diablo es el hombre. Nos imaginamos al infierno de una manera curiosa: un lugar oscuro donde arde constantemente el fuego; es una cavidad ardiente, pero a fin de cuentas húmeda. De este modo llegamos a los órganos sexuales femeninos, con lo cual armoniza el diablo, ya que su símbolo es la pezuña, la pata de chivo del sátiro. El chivo está desacreditado por ser un animal lascivo. Y además lleva la cola larga como el diablo. En todas las lenguas, la cola es el término popular que hace alusión al miembro viril. Todo ello, junto con el diablo y el infierno es extraordinariamente importante, y sería recomendable, que cada cual reflexionase por sí mismo al respecto. Es un curioso ejemplo, que muestra hasta qué increíble profundidad llegan los efectos de la vida sexual y qué cantidad de acontecimientos de la historia humana se ocultan tras una consideración de este género. Frente a un fenómeno semejante, como es la creencia en el infierno y el diablo, uno llega a la convicción de que Eros interviene en todo y desempeña un papel decisivo. Decir que ya no creemos en el diablo es ilusorio; mientras el hombre siga distinguiendo entre el bien y el mal, no puede evitar creer en el diablo. O bien llegamos a la conclusión de que estamos dirigidos por un ser cualquiera, y entonces hay que renunciar a la teoría del bien y el mal. Si no se logra llegar hasta el punto de no hacer distinción entre el bien y el mal, si ningún ser humano consigue jamás elevarse hasta allí, entonces hay que conservar al diablo. Esta cuestión del diablo me trae algo que no parece tener mucho sentido; es la relación con el padre. El significado de la pezuña en el diablo lo encontramos también en el papel que desempeñan la equitación y el caballo en la vida del ser humano. El caballo es uno de los objetos más importantes que hay en la vida humana. El caballo posee importancia en la medida en que se asocia a la cabalgada; los demás medios de transporte no son tan importantes. Se cabalga un caballo y se cabalga una mujer. Un caballo reclama azúcar y látigo, y una mujer reclama azúcar y látigo. En cuanto al padre, al hombre, de nuevo está presente el caballo. El niño toma conciencia del hombre, ante todo, en la forma de caballo. Para el niño, la madre casi nunca será un caballo, al revés que el padre: éste hace cabalgar al niño, a horcajadas, y entonces es cuando sobreviene el frotamiento. El papel del que se encarga la madre cuando aseá al niño, lo asume el padre, debido a una extraña tendencia, cuando hace saltar al niño a horcajadas.

Sienta al niño sobre su rodilla y lo hace cabalgar. No se puede demostrar que esto ocurra sin excitación

sexual. Que ésta tenga lugar sobre la rodilla o en la punta del pie, lo mismo da pues el hecho es que se realiza una estimulación del órgano sexual. Exclusivamente en ello se basa el placer del niño al cabalgar, y el del padre al hacer cabalgar al niño, a todo lo cual se añade el curioso hecho de que los caballos son domados, y utilizados como cabalgadura, y esto también está en relación con la vida sexual. Aquello de lo que el ser humano no puede prescindir en su vida sexual es del vaivén, del ritmo, y otro tanto le ocurre con el corazón, que es un instrumento del amor. Todo aquello que en el mundo es bueno y razonable tiene su ritmo; el ritmo mantiene al mundo en armonía. La relación entre el hombre y la mujer y entre el hombre y el caballo tienen un parecido asombroso. Aquí entra también el mito del centauro, ese ser mitad hombre y mitad caballo. El niño aprende a cabalgar; su padre le enseña. Es uno de los lazos que atan al niño con el padre. Y muchas otras cosas entran aquí en consideración. Hay que añadir, por ejemplo, la manera tan distinta de cabalgar, cuando se lleva a efecto con el padre. Tal vez la madre lleve a horcajadas al niño, pero el padre lo hace cabalgar sobre su cabeza, o sobre los hombros. Debemos considerar que la silueta humana es en sí misma un miembro viril. {el individuo ha sido formado de manera longilínea, y todo lo que es largo da la impresión del Eros masculino. El ser humano es, pues, el miembro viril. En alemán, uno de los términos corrientes para designarlo es *Mann* (hombre), o *Männchen* (hombrecillo). El niño a caballo sobre los hombros, rodea con sus piernas la cabeza del hombre. La cabeza es la punta del órgano sexual masculino. Esto me remite a la horca. La autosatisfacción (*Selbstbefriedigung*) y el suicidio (*Selbstmord*) son fenómenos paralelos

No se llega a ellos por pena o por desesperación, sino por una pulsión sexual que se lleva en una falsa dirección. El suicidio es la más intensa autosatisfacción que existe. No hay una excitación mayor ni más apasionada, como tampoco existe un descanso más grande que la muerte. Durante la adolescencia los deseos de autosatisfacción desempeñan un gran papel, y a partir de ese momento, entre los catorce y los veinte años, es cuando surgen las ideas de suicidio. El suicidio es un acto de autosatisfacción mediante el cual se llega al cementerio, al reposo, a la tumba. Va más lejos aún: también la forma de suicidio está precisamente determinada y se puede llegar a toda una serie de deducciones a partir de ella. En general habrá que concluir que alguna vía de autosatisfacción alcanza quien se ahoga, quien se cuelga, quien se salta la tapa de los sesos o se apuñala. En el caso de la horca, un anillo rodea el cuello que es el extremo del miembro viril. El ahorcamiento puede relacionarse con acontecimientos de la infancia, con la estancia en el cuerpo materno, que sin duda juega su papel, así como con la actividad de los riñones y la micción. Es comprensible, por tanto, que cabalgar sobre los hombros tenga tanta fuerza de atracción para el niño y para el padre. La madre es demasiado ansiosa, y el niño podría caerse. Esta angustia también tiene razones sexuales. El doble significado de la palabra “caer” es tenido en cuenta únicamente por la madre; los hombres no “caen” nunca. La madre piensa refiriéndose a los hijos: “el niño podría caer”. Y por eso no lo lleva sobre la cabeza, sin embargo lo hace el padre. El niño tiene entonces este sentimiento: “aquí hay algo divino, hay energía; esto es lo que manda; aquí es donde yo encuentro fuerza”. También al padre le causa placer llevar al niño, como lo simboliza la leyenda de San Cristóbal. El padre tiene el sentimiento de ser el sostén del niño; y el niño, siente que ahí arriba está seguro. Esa es la fuerza que hace su aparición aquí. Pero aun es más importante el olor. Pues también en ese momento el olfato ocupa un primer plano. Para el niño es el olor de los cabellos del padre; para el padre, aun sin saberlo, es el olor sexual del niño lo que juega. Pero aunque no lo sepa, el acto de hacer esos movimientos, el hecho de cargar al niño sobre sus hombros, está prácticamente determinado por el olfato. A partir de aquí llegamos a conclusiones que debemos completar con experiencias personales. El hecho de llevar a otro ser humano tiene muchos significados. El varón lleva libremente, sobre los hombros. La mujer lleva una carga: lleva al hombre y al niño. Además la mujer tiene dolores, casi siempre en la espalda, cerca del sacro. Soporta al niño y al hombre en la región del sacro. Una serie de aspectos rigurosamente diferentes pasan así a tenerse en cuenta. Toda la enfermedad del hombre se sitúa, en cierto modo, en la mitad superior del cuerpo. Cabeza, pecho y corazón desempeñan el papel más importante en su vida enferma. En el caso de la mujer esto ocurre, sobre todo, con los órganos del bajo vientre, el sacro y toda la región lumbar. No hay mujer que no padezca de los riñones. Todo lo cual tiene una gran influencia en el desarrollo del carácter. La manera de hacer del varón es mucho más activa; la mujer lo hace con mayor pasividad: soporta mucho, y el hombre soporta menos. Así se pone de manifiesto el vínculo entre el diablo y la pezuña del caballo. El caballo está ligado de mil formas distintas a la vida amorosa del ser humano. No es por tanto misterioso que el diablo, que es el miembro viril simbolizado, tenga pezuña de

caballo. También me gustaría llamar la atención sobre algo tan particular como los deslizamientos por los pasamanos de las escaleras, algo que a todos los niños les gusta hacer porque así tiene lugar el frotamiento. Subir a la copa de un árbol y dejarse caer, trepar sobre una pértiga, jugar con el caballo de balancín, andar en bicicleta; en resumen, toda una serie de cosas se relacionan intensamente con la vida sexual y tienen como fin preparar al niño para lo que debe ser: un ser *que áme*.

Es absolutamente necesario que todo aquel que haya estado mucho tiempo enfermo y desee sanar tenga la idea de que la enfermedad se origina en una comprensión errónea de la vida y hay que intentar encontrar por uno mismo lo que perturba, qué significan para el individuo la llave del gas, el calendario, el hornillo, la pala. No hay en el mundo cosa alguna que en un momento determinado no se pueda poner en relación con experiencias sexuales, y algunas de ellas desagradables. Lo desagradable es lo que humilla, lo que oprime al ser humano; siempre hay que interrogarse sobre este aspecto. Si se logra comprender por qué se ha sentido uno perturbado en ese momento, se habrá ganado mucho, porque entonces resultará fácil relacionar dicha perturbación con las impresiones de años pasados. El hecho de que un ser humano sienta frío tiene un contexto completamente distinto al que la gente se imagina. Si alguien se siente interiormente cálido y quiere eliminar ese calor, entonces él mismo se hace frío y “se enfría”.

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 11-ex-37